

María Baeza

Después de la lluvia



ESTE sol de invierno tan nuevo
que derrama su luz sobre las cosas
como un agua clara y liviana.
Este cielo de invierno como y flamante
como pupila de niño recién nacido.

No hay rosas,
ni follajes ni cosas
clásicas. Todo el mundo parece un edificio
que se estuviera levantando recién.
Se están edificando árboles, frontispicios,
postes telefónicos, carretelas.
Todo está brillante.
Y es únicamente con la lluvia de ayer.

Aquel viejo que está llenándose de sol
en su puerta,
se ha fugado de un cuadro
cuando la pintura no se secaba aún,

le brilla todavía el blanco zinc
 en la cabeza y el toque de carmín
 quedó demasiado fuerte en el labio,
 pero tenía prisa por venirse
 a colocar allí.

Diez gorriones se escaparon también
 de una juguetería.
 Y llenan las ondas del sol
 con su hinchada y clara algarabía.
 Y todo es por la lluvia de ayer.

Viento en el Otoño



ORO la luz, cobre la montaña, el agua acero
 y el oro amontonado en el paisaje.
 El viento hace cantar su martillo
 en esta mina clara del valle.
 Golpea, golpea minero y músico salvaje.
 Golpea un álamo y echa a rodar
 mil láminas de oro.
 Se extasía dándolas vuelta en el ambiente
 para gozar con su brillo de metal,
 pero se le escapan, corren...
 y él las sigue con su mano de judío,
 con su mano de luz que se alarga
 hasta debajo de las piedras,
 y las amontona allí para
 que no enmohezcan.

Loco de placer salta a la montaña
y golpea su cobre sangriento.
Golpea y se queda escuchando...
La noche lo encuentra gritando demente,
porque le han robado la plata del día.